¡EXCELSIOR![1]

Esa era, casi diaria, *la palabra de orden,* y como *el santo y seña* al subir las cumbres que separan el pueblo de San Remigio del gran San Bernardo.

Y se me ocurría aquella hermosa anécdota de un turista de los Alpes Peninos que el poeta anglosajón, engalanó con los atavíos de una originalidad completamente americana.

Pero en mi concepto, bajo el velo romántico de aquella aventura, hay algo de más sublime é ideal. Hay allí una enseñanza profunda y como si dijera concentrada en *daguerreotipo* toda la magnífica y estupenda epopeya de aquel monte tan célebre y popular del gran San Bernardo. A mis ojos aquel turista que nada teme, y que, sin parar mientes á los consejos y avisos que le dan personas conocedoras de aquellos peligrosos parajes, aquel joven brioso y atrevido que parece desafiar los vientos desencadenados y las pavorosas tormentas y avalanchas de los Alpes Peninos, es adecuada figura del corazón humano que cediendo á los suaves y apacibles encantos de la fe cristiana y de la razón avalorada por la gracia, divisando de lejos las doradas cumbres de las virtudes cristianas en las que sólo se encuentra aquella felicidad relativa que consiste *en la paz y en el consuelo del Espíritu Santo,*[2] y que es el camino derecho hácia la felicidad absoluta en Dios, el corazón que realza aquella reacción, sobrenatural contra las perversas tendencias de la naturaleza de-

(1) «Excelsior» es el hermoso título de una poesía compuesta por el americano Longfelow.

(2) Justitia, pax et gaudium in Spiritu Sancto.

pravada, siguiendo el llamamiento de la voz celeste que sin cesar le grita «Excelsior», el corazón que lucha sin descanso ni cuartel apercibido y dispuesto á morir antes que dejar caer de sus manos aquella extraña bandera, la de la Santa y adorable Cruz en la que el dedo de Dios escribió: *Excelsior, Gloria á Dios en las alturas de la virtud y de la santidad:* Hé ahí para mí el sentido moral de aquella graciosa leyenda.

Y en derredor de mí aquellos montes, aquellas rocas seculares parecían añadirme ánimo gritando á su manera *Excelsior Sursum corda: más arriba,* como se lo repetían también todas las criaturas al grande obispo de Hipona.—Más arriba, Agustín, más arriba.[1] ¡Oh! que las montañas son hermosas, hermosas en su especial lenguaje, dorando el ánimo y el corazón, hermosas en sus evoluciones, en sus movimientos, en aquella especie de baile que contemplaba extático el profeta Rey. Los montes saltan de gozo y aplauden en la presencia de Dios....[2]

Así conversando conmigo mismo, llegaba al estrecho paraje continuamente azotado por contrarias corrientes. A mi derecha un lago. En estos parajes, en el corazón de esas rocas áridas y desiertas ¡qué ironía, qué sarcasmo para los lagos civilizados de los floridos llanos de Italia y de Suiza!

Sus olas estremecidas que se deslizan y precipitan como las olas de la humana vida. *Omnes quasi atque dilabimur,*[3] de esa vida que es una carrera hácia la muerte para llevar á la dichosa Ansania el saludo cariñoso de la pintoresca Helvecia! A mi izquierda se me presentaban las minas y los restos de un culto idólatra en el sitio llamado «El llano de Júpiter».

Y sobre estos escombros veía yo levantarse noble y majestuosa la figura del héroe invicto que venció y aplastó la hidra del paganismo absurdo é inmundo, hiriéndole de un golpe de su estola .... trocada de improviso en una cadena de la que no pudo desprenderse. El siglo XX que verá los triunfos del Divino Redentor en las más elevadas cumbres de

(1) Conf.
(2) In Psalm.
(3) Lib. III Reg.

Europa, verá también aquí sobre estas piedras levantarse la imágen de San Bernardo de Alverthon, de ese taumaturgo y turista de Dios, quien primero entonó el cántico de «gloria á Dios en las alturas» y á sus piés se leerá en letras de oro *Excelsior.*

Y así llegaba al Hospicio cuyo aspecto es grave y austero como los montes de Clenelet y de la Muerte que le rodean y protegen. Acá y allá van corriendo y ladrando los hermosos y robustos *perros del gran San Bernardo,* tan populares y apreciados, buenos y amables para con todos, resintiéndose sin darse cuenta de la atmósfera filantrópica y del ambiente cristiano que los ha abrigado. Y pronto se me presentaron los buenos Religiosos, esos ángeles de la caridad, esos genios consoladores del viajero desconsolado. En su parte exterior y en sus ademanes se siente palpitar esa caridad que el Hijo de Dios nos ha traido del cielo, derramándola á borbotones en todos sus actos y palabras.

El Canónigo Regular del Gran San Bernardo realiza el ideal sobrehumano contenido en esa mágica palabra que es *Su santo* y seña. *Excelsior Sursum corda: más arriba el corazón, más arriba ¡¡Excelsior!! Elevarse á Dios por la oración y el trabajo* y elevar á Dios á sus semejantes por la práctica de la caridad cristiana más amplia y desinteresada. He aquí la misión de aquellos Religiosos. Ha aquí toda la estupenda *epopeya,* dijimos del Gran San Bernardo.

Ellos hacen su aprendizaje para estrategia de la caridad, ellos se acostumbran á sufrir. Ellos como el *Buen Pastor* van al encuentro de la oveja descarriada, perdida por entre las nieves y los hielos, ellos le llevarán el consuelo, paz y vida. Y si para salvar las almas y amparar al pobrecito hermano que se muere, fuera preciso un nuevo sacrificio, ellos sabrán hacer frente al furor de las tormentas desencadenadas, ellos arrostrarán los vientos y los huracanes, los hielos y las avalanchas y si tal vez sucumben víctimas de su heroísmo, nunca dejarán caer de sus manos lívidas y temblorosas el glorioso estandarte de la Cruz, encima de la que se lee la celestial palabra *Excelsior.* Gloria á Dios en las alturas.

Más y mejor que el atrevido turista de los Alpes, hermo-

sos en su misión, hermosos en sus trabajos y sufrimientos, hermosos aun en su muerte afrontada por el más pequeño de los hermanitos del Divino Redentor. Y una angélica voz cruzó los aires, como rayo de luz en noche obscura. Y una voz resonó melodiosa. Y los vientos con ella repetirán: *¡Excelsior!*

PÍO MARÍA MORTARA
Can. Reg. Let.

NUESTROS PINTORES

IRURETA

Muchas y muy patentes pruebas tiene dadas el pintor Irureta de su gran valer.

Con su paleta honra á la escuela contemporánea.

AI expresarnos así, no lo hacemos por nuestra cuenta. Eminencias indiscutibles del arte lo han declarado en diferentes ocasiones.

Como testimonio de lo que acabamos de consignar, recordamos los brillantes ejercicios que el pintor tolosano practicó en oposición con Ramirez, el autor del entierro de D. Álvaro de Luna, con Moreno Carbonero y otros de la misma altura, para la pensión de Roma que el Estado concede.

Esto sucedía hace veinte años y grabado quedó lo que el inolvidable D. Federico Madrazo dijo: «el ejercicio de Irureta es el mejor estudio, su desnudo es superior y yo le felicito con entusiasmo».

El Estado, á pesar del unánime fallo de todos, no le agració con la pensión porque supo que la Diputación de Guipúzcoa le tenía adjudicada igual gracia.

Todo esto es preciso decirlo, aun hiriendo la modestia de nuestro eximio pintor, pues así es Irureta de modesto, extremadamente modesto.

Por aquel entonces adquirió el Estado su magnífico estudio el *men-*